



Desarrollo Rural **44** EXPLORACIONES

*Construyendo caminos de
esperanza: Narrativas de jóvenes
de la Amazonia colombiana*

Andrea Susana López Torres
Luz Dary Sotto Carvajal
Luis Eduardo López Castro

Créditos

Colombia, Abril de 2019

Autoría:

Andrea Susana López Torres

Luz Dary Sotto Carvajal

Luis Eduardo López Castro

Todos participan de la iniciativa “Semillero de Investigación Inti Wayra” desarrollada en la Universidad de la Amazonia, Caquetá, Colombia. Este ensayo obtuvo el primer lugar en la séptima versión del Concurso Alimentos y pensamiento siempre en agenda cuya temática propuesta fue “Historias de vida que sobreviven la violencia y persecución en el campo en Sudamérica”.

Edición, diseño y diagramación

IPDRS

Índice |

Contenido

1. Introducción	5
2. Relato de Andrea	6
3. Relato de Luis Eduardo	8
4. Relato de Luz	12
5. Buscando caminos de esperanza	14
6. Encuentro ETCR agua bonita la montañita	15
7. Bibliografía	16

Construyendo caminos de esperanza: Narrativas de jóvenes de la Amazonia colombiana

**Andrea Susana Lopez Torres,
Luz Dary Sotto Carvajal, Luis Eduardo López Castro**

Todos participan de la iniciativa "Semillero de Investigación Inti Wayra" desarrollada en la Universidad de la Amazonia, Caquetá, Colombia. Este ensayo obtuvo el primer lugar en la séptima versión del Concurso Alimentos y pensamiento siempre en agenda cuya temática propuesta fue "Historias de vida que sobreviven la violencia y persecución en el campo en Sudamérica".

1. Introducción

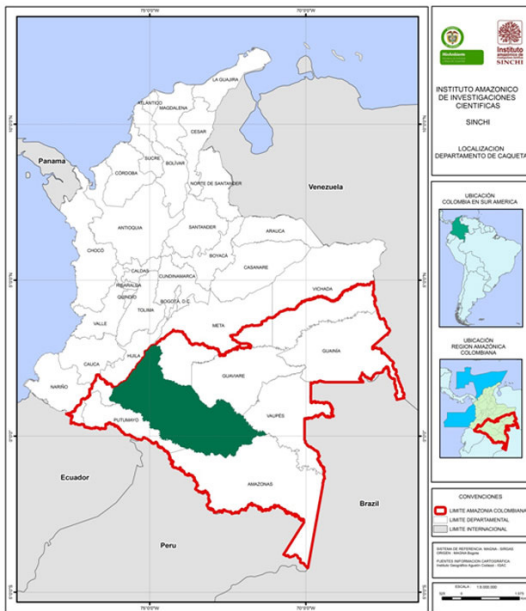
Nosotros somos Andrea, Luis Eduardo y Luz, jóvenes estudiantes de la Universidad de la Amazonia, del programa de Ingeniería Agroecológica, la Licenciatura en Educación Física y Programa de Derecho, respectivamente.

Somos hijos y nietos de familias campesinas del Caquetá, nacidos en el bello territorio de las Veredas de Puerto Torres y Portal La Mono, del Municipio de Belén de los Andaquíes, en la Amazonia colombiana.

Somos parte de una generación de jóvenes estudiantes en busca de nuestras raíces y nuestra historia, para así, asomarnos a ella desde el perdón. Nuestra búsqueda es por la sanación, liberación y reconciliación, base para construir la paz que ha sido tan esquiva en nuestro país.

Esta guerra ha estado instalada en nuestros territorios, geográficos y corporales, desde el tiempo de nuestros mayores, los abuelos de nuestros abuelos.

En esta búsqueda aprendimos que a través de los procesos de investigación podemos conectar el pasado con el presente. Esto nos permite dignificar nuestra memoria y aprender las lecciones que nos permiten construir un mejor futuro para nosotros y las siguientes generaciones.



1 Puerto Torres es una vereda que sufrió los embates de la guerra. Ubicada en el Municipio de Belén de los Andaquíes, Departamento del Caquetá. Los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) se instalaron y convirtieron este bello pueblo en un lugar de horror, sus sitios sagrados y lugares de educación se convirtieron en espacios de muerte, luego de torturar y descuartizar a sus víctimas en estado consciente. Allí adiestraban a los miembros de sus escuadrones en la manera en cómo producir el máximo dolor a sus víctimas. El Semillero de Investigación Inti Wayra, cuyo núcleo está en la Universidad de la Amazonia, se interesa en rescatar los testimonios de los y las sobrevivientes de la guerra, que habitan esta vereda. Éste apenas sería un comienzo, existen documentos donde los muertos, a través de estudios forenses en sus restos mortales, relatan la historia de sus asesinatos. Ahí el valor de este trabajo.

2 Portal La Mono es otra de las veredas donde, como puerta de entrada a Puerto Torres, también se sufrió la violencia, la desaparición y el desplazamiento de muchos de sus habitantes.

En este caminar, construimos un proceso colectivo promovido por nuestra docente Dennis Dussán³ y estudiantes de la Universidad en el “Semillero de investigación Inti Wayra”, espacio en el que trabajamos vivencialmente una metodología que denominamos como “metodología de la memoria encriptada”⁴, basada en los postulados de la maestra Dennis Dussán y pensadores como Estela Quintar y Hugo Zemelman.

La metodología de la memoria encriptada genera procesos de investigación partiendo de la recuperación de la memoria que la guerra marcó. Este proceso no es nada fácil porque nuestro cuerpo se resiste a volver a sentir en ese dolor, sin embargo, comprendimos la importancia e implicancias, decidimos que la mejor forma de comenzar a descifrar el pasado, era partir de nosotros y nuestras propias historias.

De esta manera, empezamos con la elaboración de relatos de la memoria que representa nuestra historia y vivencias, con la esperanza y mucha fe en que estos relatos, sean semilla para la construcción y crecimiento de un árbol de historias recuperadas que den aliento y ayude a sanar más víctimas. Para nosotros la recuperación tiene que ver con mostrar al mundo que existen situaciones duras que hacen parte de la vida, que forman parte de un territorio junto con su población, y que éstas quedan atrapadas en el olvido. Al hacer el esfuerzo desde la memoria histórica por recuperar este pasado doloroso, sanarlo y comunicar al resto, que sí es posible surgir, sí es posible salir y que todas esas malas experiencias vividas, nos construyen como personas.

Nuestros relatos se originan en Puerto Torres, vereda del municipio de Belén de los Andaquies, donde el grupo armado ilegal Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) sembró el terror, la barbarie y la crueldad, protagonizan-

do actos inhumanos que no podemos siquiera imaginar.⁵

Los relatos que vamos a narrar a continuación fueron escritos por dos estudiantes de la vereda El Portal La Mono y una estudiante de Puerto Torres, donde ocurrieron estos hechos que muestran el miedo, el dolor y sobre todo, la necesidad de enfrentar estas sensaciones, para salir adelante. Los relatos están hechos en primera persona, los contamos como sobrevivientes de ese lugar y ese momento de horror y muerte.

Relato de Andrea⁶

Andrea Susana López Torres (22 años), estudiante de VII Semestre de Ingeniería Agroecológica. Oriunda de la Vereda Puerto Torres, del Municipio de Belén de los Andaquies.”

Mi nombre es Andrea López Torres. Tengo mis letras en manuscrito, no he podido hacerlo de otra manera y acudo a “mi profe” para que me ayude a digitalizarlas, ya que yo no puedo.

Ayer nos encontramos en mi casa, Luis Eduardo, mi profe, mi madre Alexandra, mi padre Walter, y luego, fuimos a la casa de mi tía Nancy. Y quiero confesarles que aún como familia no nos salen las palabras. Las lágrimas hablan de nuestra tristeza y nuestro dolor, un dolor inconmensurable, inacabable.

Estas son las letras y las fotografías de lo que he podido relatar. Recuerdo que tenía 4 años y vivía en un pueblo muy tranquilo, con mi mamá, mis abuelos maternos y algunos primos y tíos. Recuerdo que jugaba en el “adebajo” de la finca viendo los animales: ovejas, cabras, gallinas, patos, etc.

3. Dennis Dussán Márquez, Docente de la Universidad de la Amazonia. Excombatiente de la Insurgencia y participante de un proceso de paz, el 9 de abril del año 1994.
4. Mandala de la Memoria Encriptada. Espacio metodológico de reconstrucción de memoria histórica, acogido como legado de comunidades indígenas de la Amazonía colombiana, por parte del Semillero Inti Wayra, de la Universidad de la Amazonia.
5. Un estudio que sugerimos para conocer estos hechos está disponible en: <https://bit.ly/1pOxG52>
6. Andrea López Torres, joven investigadora, integrante del Semillero Inti Wayra de la Universidad de la Amazonia. Nieta de don Pablo Torres quien donó las tierras para que se ubicara el centro poblado de la vereda Puerto Torres.



También recuerdo que mi abuelita preparaba cuajada⁷ y yo siempre me sentaba al lado de ella, a esperar a que terminara para comer un pedacito. Mi abuelito tomaba medicamentos, estaba algo enfermo, a mí me gustaba dárselos en compañía de mi abuelita. En ese entonces no sabía que le sucedía.

En el cuarto de mis abuelitos había un cajón de madera en el que guardaban el pan. Yo entraba todas las mañanas a ese cuarto a sacar pan y darle a las palomas y a las personas que visitaban nuestra finca.

Mi padre no vivía con nosotros en la finca, pero él iba a visitarme los fines de semana, me llevaba mis cosas como leche, cereal, ropa, etc.

Consideraba que el pueblo donde viví mi infancia era un pueblo tranquilo. Ahora me doy cuenta que no era así, que las enfermedades de mi abuelito no eran porque sí. La infancia en mi pueblo fue feliz porque nunca me di cuenta de lo que realmente pasaba.

Mi madre me cuenta que mis tías, tíos, primos mayores y abuelos, y de hecho, algunos vecinos me querían mucho. También dicen que era una niña muy callada, que me gustaba sentarme en las escaleras del corredor a ver los animales, que papá me paseaba en un caballo en la vega de la finca. También me cuenta que ahí aprendí a caminar. Para mí era normal ver esos helicópteros y personas con armas.

Con el pasar del tiempo salimos del pueblo y nos vinimos a vivir a Florencia, mi papá, mamá y yo. Acá hice mis primeros años de escuela y colegio.



Estas son algunas fotos de mi pueblo Puerto Torres, ahora es un lugar de memoria, reconocido por muchas personas, antropólogos y otros.



Pueblo (terreno) donado por mi abuelo:
Pablo Torres Barrera

En este momento para mí, el pueblo del que hablo, es un bonito recuerdo. Tengo recuerdos alegres, otros no tanto, quizás. Para algunas personas no es así, ya que su tranquilo pueblo fue golpeado por la violencia entre los años 1994 y 2004.

Por último, espero que otros jóvenes como yo, que han sido víctimas sin saberlo, tengan un corazón lleno de amor, paz y reconciliación. Deseo que mi abuelo en el cielo se sienta orgulloso de mí, al igual que mi abuela, pues han dejado un gran legado en mí y en mi familia, gracias abuelo por tanto.

Ahora puedo concluir que no tengo más palabras ya que mi corazón tiene mucha tristeza y mi puño no puede escribir más.

7. Preparado tradicional basado en lácteos y otros productos locales.

Relato de Luis Eduardo⁸

Luis Eduardo López Castro (25 años), estudiante de VI Semestre de la Licenciatura de Educación Física, Recreación y Deporte, Oriundo de la Vereda Portal La Mono, del Municipio de Belén de los Andaquíes..

Las veredas de Puerto Torres y el Portal La Mono eran para los paramilitares de las AUC⁹ una zona estratégica porque desde ahí tenía acceso a varios municipios del Caquetá, como Valparaíso, Solita, Albania, Belén de los Andaquíes, Pueblitos, Currillo, donde Puerto Torres era el centro de mando de donde salían las ordenes de matar personas o de “limpiar veredas o pueblos”¹⁰.

Muchas veces mataban sin preguntar, solo por sospechas. Llegaban a las fincas a pedir que les dejaran tener a una persona como trabajador solo para vigilar el movimiento de la gente que pasaba por esa zona. Por cosas de la vida, la verdad que durante mi niñez estuve en la vereda de El Portal la Mono, y muchas veces los paramilitares nos recogían en sus camionetas de platón y nos llevaban a la escuela. Ese fue nuestro medio de transporte. Muchas veces igual, los carros iban llenos de coca en hoja o cocaína en polvo.

Transportaban la droga en bultos y ésta comenzó a ser el principal ingreso económico para las personas de estas veredas, hasta mi papá tuvo en su finca un “fritadero”¹¹.

Recuerdo que sacaban semanalmente un camión con varias caletas donde transportaban esa base de coca con destinos diferentes, como Cali, Bogotá, Medellín; recuerdo también que los paramilitares nos ordenaban que teníamos que estar acostados a las 6 de la tarde y a la casa que encontraran con la luz prendida, se llevaban a sus habitantes o los

“regaban”.

Hacían recorridos donde vigilaban toda la zona, día y noche en camionetas llenas de paramilitares. Una noche en la vereda el Sánchez donde vivía mi abuelo, nos fuimos con mi mamá y ellos llegaron a la casa de mi abuelo, como a las 9 de la noche, llevaban dos señores con la cabeza tapada y recuerdo que los cruzaron al río y no se los volvió a ver. Mi abuelo contaba que no era la única vez que pasaba, como que al otro lado del río, hay muchas personas enterradas.



“El Laberinto de la Esperanza”, en Puerto Torres, en homenaje a las personas desaparecidas

Yo tenía como 10 años y estaba en el colegio cuando los vi por primera vez; ellos llegaron, recuerdo mucho que nosotros salíamos de la escuela del portal La Mono y ellos estaban ahí.

Se instalaron en la zona donde queda la planta de la industria de Cecora; todos sentados ahí. Cuando íbamos para la escuela, ellos nos hacían el favor de llevarnos a mis hermanas y a mí, en sus camionetas de platón con hombres armados. Mientras nos recogían o nos íbamos, nos poníamos a hablar con ellos, a

8. Luis Eduardo López, joven investigador integrante del Semillero Inti Wayra de la Universidad de la Amazonia.

9. Particularmente el Frente Sur Andaquíes del Bloque Central Bolívar, considerados como ilegales.

10. En la región, se usaba el término “limpieza” para referirse a la acción de asesinar selectivamente a quienes consideraban, infringían las normas que los paramilitares imponían.

11. Fritadero refiere a la cocina o laboratorio donde se procesaba la cocaína.

escuchar las bobadas que ellos decían y recuerdo que nos regalaban galletas, jamonetas, salchichas y nos preguntaban que si queríamos un refresco.

De igual manera, no era mucho el tiempo que nos quedábamos ahí. Nosotros salíamos a las 12:00 de clase y mientras esperaba a mis hermanas que estaban en el colegio y yo en la escuela, en ese poco tiempo los veíamos a ellos y nos daban galletas, nos acogían un poco mientras llegábamos a nuestras casas, nos decían “vamos, los dejamos”. Pasaban por ahí, nos dejaban al frente de la finca y nosotros ingresábamos a la casa.



Foto, recuerdos de la infancia de Luis Eduardo López

Mi padre trabajaba rayando caucho. Él era jornalero y cuando llegaron los paramilitares a esta zona, el modo de sustento ya no era el caucho sino la coca. La coca fue una opción

para los campesinos de esta zona del país, el cambio fue muy fuerte porque el jornal diario en esa época era de 11.000 pesos; en cambio, por trasladar la hoja de coca de un sector a otro, le daban 20.000 o 30.000 pesos; y, por raspar la hoja de coca se ganaba 40.000 o 50.000 pesos.

Entonces los campesinos ya no trabajaban en sus fincas cultivando frutas, verduras, criando pescados u ordeñando animales, estas actividades pasaron a un segundo plano. Y además, la gente andaba con uno o dos bultos de coca como si estuviera andando con un bulto de naranjas o de yucas; eso ya era normal para los campesinos de la zona. En la zona se andaba libremente y uno veía cuando pasaban los carros con dos o tres bultos llenos de coca, ahí pa' Puerto Torres o pa' la Mono o pa' el Carbón, allá a empastillarlo y a mandarlo pa' afuera.

No me tocó ver una muerte o que mataran a alguien, porque pues creo que entre los mismos campesinos se tuvo ese respeto a ellos y no se confrontaban entre campesinos.

Los paramilitares desaparecieron de La Mono a mucha gente, llegaron y lo primero que hicieron fue hacer limpieza con lista en mano, llegaban y decían ‘éste es el ladrón’, o ‘éste es el familiar de tal’ y de esa manera hacían la limpieza. Con el transcurrir del tiempo, después de un año que ellos obligaban a estar en las casas a las 5:30 bajo la advertencia “al que encontremos después de las 6:00 de la tarde por la carretera nos lo llevamos...”, había la costumbre.

Todo el mundo vivía asustado y no podíamos vivir tranquilos, que si se lo encuentran a uno a las 6:00 de la tarde, se lo llevan y lo matan. Entonces, la familia que estaba en Bogotá no podía bajar a la finca a las reuniones en diciembre, eso era algo muy feo, porque mis primos no bajaban y la reunión de la familia en diciembre no era la misma.

Al ver todo eso, mi padre toma la decisión de buscar la salida del lugar a toda costa, sin importar lo que pasara. Él quería y quiere lo mejor para nosotros. Algo que impulsó esta decisión fue la llegada de un paisa que resultó

ser el comandante de esa zona. Llegó a decir que mi hermana que tenía 15 o 16 años estaba muy bonita, que estaba “muy bella” y le dijo a mi mamá “suegra, este diciembre su hija se va a pasar navidad conmigo allá a Puerto Torres”; y además, mi papá había comprado un equipo de sonido, sobre el cual dijo “bacano ese equipo de sonido, me lo llevo también pa’ pasar conmigo diciembre, ¿si me hago entender?”.

Iban tomando lo que ellos querían, sin importar de quién era o cómo se había conseguido. Eso impulsó mucho a mi papá a salir, mi mamá obviamente estaba muy nerviosa por lo de mi hermana.

Esa amenaza fue un viernes, el sábado ya teníamos todo afuera para irnos en el mixto¹² que nos hizo el trasteo y no nos cobró porque era amigo de mi papá.

Ese fue el motivo por el que decidimos salir de La Momo, fue muy poco el tiempo el que afortunadamente, nos tocó vivir allá, dos años terribles; ellos llegaron en el año 1998 y a finales del 2000, nosotros nos vinimos. Llegamos acá y quedó la finca allá sola, mi padre se iba los lunes para la finca y regresaba los viernes, eso duró como un año hasta que la vendió.

Cuando estábamos allá en Florencia, llegaron tres manes [hombres] de las Autodefensas a matarnos a todos porque decían que nosotros éramos informantes de la guerrilla o del ejército. Gracias a Dios había una persona que trabajó con mi papá en la producción de coca, allá en La Mono y conocía a los muchachos que mandaron a matarnos; entonces les dijo “no los toquen porque ellos son buenas personas, son trabajadores, ve de lo que viven”. Mi mamá llegó al barrio San Judas Bajo y montó un negocio de cerveza. Vendía cerveza los sábados y los domingos, entre semana estaba todo el día ahí y ese fue el medio de sustento mientras se podía conseguir algún trabajo o algo.

En esos días sufrimos mucha zozobra, no sabíamos cuando nos iban a matar. Me imagino a mi papá muy preocupado porque yo estaba

muy pequeño, uno no entiende, no ve el peligro o cómo son las cosas. Gracias a Dios ese señor que estuvo ahí nos salvó la vida, y hoy podemos contar el cuento.

Mi padre ya no pudo volver allá, le tocó vender la finca por lo que le dieran por ella. Vendió a 450.000 pesos la hectárea, hoy en día la hectárea está a diez millones y medio. Se perdió todo el patrimonio de mi padre, la finca de 35 hectáreas.

Lo que recuerdo es eso, ellos llegaban al colegio y nos hacían salir de los salones a todos, a los profesores a todo el mundo. Recateaban en las fincas, una vez yo estaba allá con mi abuelo y llegaron diciendo “venimos por éste, el comandante mandó por este marrano, que se lo paga el sábado o el domingo”.

Mi abuelo indignado les decía “no, me van a acabar con todos los marranos hoy, si me tienen que matar, dígame a ese comandante que venga él mismo y me traiga la plata de los otros marranos; yo no les dejo llevar ni un marrano más”. Y más bien, no era el día de mi abuelo porque esos manes salieron, se fueron y no volvieron por el dicho marrano.

Creo que muchas veces, ellos aprovechaban la posición en la que estábamos nosotros, entre el miedo y la zozobra, para quitarnos los bienes. Mi abuela y mi mamá sufrían mucho porque, se imaginarán, no poder caminar después de las 6:00 de la tarde. Antes mi abuelo y mi abuela salían a las 5:30 a caminar dos kilómetros y se devolvían a pie; ya no podían hacer eso, no podían madrugar para trabajar, tenían que despertarse a las 6:00 de la mañana, bien de día para poder salir.

Agradezco por el poco tiempo que tuve que vivir allá, porque realmente mi familia está completa, mi mamá, mi papá y mis tres hermanas están hoy en día bien, y como les digo, podemos contar el cuento. Eso es lo más importante.

Este relato me lo contaron mi mamá y mi papá, yo tenía entre 8 y 10 años en el 2001, entonces yo solo recuerdo que mi mamá me alisto rápido y dijo “nos vamos”.

Ella me alistó y cuando me di cuenta, ya esta-

12. Mixto se denominaba al vehículo de madera que se utiliza en las zonas rurales del Caquetá, para transportar pasajeros y carga. También se conoce como Bus Escalera.

ban los colchones afuera, la cama, el equipo de sonido, el televisor, la ropa empacada en tulas, todo estaba afuera; pasó don Rafa a las 7:30 de la mañana y echamos todo arriba, amarraron las tulas y nos fuimos. Cargamos naranjas, cocos, con lo que había en la casa. Llegamos a una casa en el Barrio San Judas que mi papá cambió a un tío por un pedazo de tierra de 3 hectáreas. Mi tío todavía tiene la tierra allá.

Fue muy duro porque uno llega con una mano atrás y una adelante, mi papá y mi mamá sin trabajo, fue muy difícil en ese tiempo.

Recuerdo mucho que llegó navidad, mis hermanitas y yo no teníamos nada para estrenar, todo mundo haciendo planes de navidad y todo eso; y pues no había nada. Mi mamá toda aburrida porque lo común es que en diciembre se le da un detalle al hijo, entonces, son cosas que afectan de cierto modo, pero hasta hoy en día estamos bien. El objetivo de mi papá era ése, que estuviéramos bien y que estuviéramos todos. De pronto, yo no estaría aquí, mis hermanas hubieran tenido algún vínculo con ellos, hubieran matado a mi padre, no sé, pero gracias a Dios todos estamos bien.

Mi abuelo y mi abuela se quedaron todo el tiempo que los paramilitares estuvieron allí, a ellos no los tocaban, pues eran personas que no se metían con nadie, ellos vivían tranquilos. Nosotros no pudimos volver a la finca, lógicamente hay un resentimiento, pero lo importante es eso que mi abuela y todos mis tíos están vivos.

La Mono ha sido y se ha caracterizado por ser una tierra tranquila, donde todo mundo trabaja feliz, donde todo mundo está en familia, eso era La Mono antes de que llegaran estas personas. Se creó un ambiente de no olvidarse de La Mono, gracias a mi tío Pedro, cercano a La Mono, asiste cada 15 o 20 días y tiene contacto con los de La Mono, por lo que han organizado eventos para generar un vínculo con los que salieron de La Mono y viven en Florencia, Belén, Curillo u otros municipios, para reunirnos y hacer un evento deportivo.

Primero, nosotros vamos a La Mono, hacemos intercambio deportivo y hacemos un partidito

de futbol, después uno de voleibol, después uno de micro y nos atienden con un almuerzo; y después, le regresamos la invitación nosotros, un día los de La Mono prácticamente se trajeron al pueblo entero.

Por mi parte, a raíz de salir desplazado por el conflicto armado salí con mi familia completa y hoy en día tenemos la oportunidad de contar lo ocurrido. He tenido la oportunidad de haber sido jugador de futbol, participando en ligas inferiores de los equipos de Millonarios, Santafé, una preselección Colombia sub 15, selección Bogotá, primera con el Bogotá FC. Mi mamá y mi papá están tranquilos viviendo una vida con todos sus hijos vivos y teniendo buenos trabajos. Sus hijos tenemos o estamos en el proceso de tener carreras académicas.



Relato de Luz¹³

Luz Dary Sotto Carvajal (20 años), estudiante de VIII Semestre del Programa de Derecho. Oriunda de la Vereda Portal La Mono, del Municipio de Belén de los Andaquíes.

En diciembre de 2004, la familia Sotto Carvajal regresa desde Bogotá al Caquetá, después de mucho tiempo a visitar a su familia. Al lugar exacto, La Mono, Puerto Torres, tierra natal de Luz Dary Carvajal y Octaviano Roncancio, mis papás.

Estando allí, se decide que nos quedaríamos vivir y nos ubicamos. Como mi madre es docente, quedó a cargo del hogar infantil del pueblo, antes quien lo tenía era mi tía en su casa, que por cierto era la casa más grande del pueblo. Recuerdo muchísimo esa casa, sus pasillos parecían un laberinto muy amplio y cada lugar de ella era muy hermoso; mi nuevo hogar era muy amplio, luminoso y bello.

Se conectaba la sala con la cocina, la sala con las habitaciones, la sala y el antejardín, la sala y el patio, en fin, todo se conectaba. El patio era súper amplio. Allí tuvimos pollos, patos, pizcos, palomos y hasta marranos. Tuve mi primer perro que, en sí, fue mi primera mascota y un azulejo.

Recuerdo mucho el olor a caucho en las mañanas. Mi papá trabajaba rayando y sacando caucho, madrugaba mucho para cambiar las cestas. Cuando yo despertaba él llegaba a desayunar y llegaba con ese olor que inundaba la casa. Siempre se encargó de criar animales y buenas cosas, mientras mi madre enseñaba a los chicos del pueblo.

Cierto día, salimos a Puerto Torres a ver a mi padrino que vivía a 5 minutos de mi casa, mientras estábamos allí, llegaron ellos: Dos hombres en una moto blanca con verde, alta. Pidieron agua y ayuda, ya que el vehículo estaba algo averiado. Mi papa algo sabía, decidí ayudarles y arreglarles la moto. Es allí donde nos enteramos que eran paramilitares y que se quedarían un tiempo en el pueblo.

Allí empezó el calvario, nosotros fuimos a mi casa y recuerdo escuchar hablar a los adultos diciendo que tendrían que pagar algunas cuotas y que Puerto Torres se estaba calentando. En ese momento, yo no entendía pues era una niña. Con el tiempo, ya no podía salir a jugar y tampoco salir de la casa sin mis padres; de vez en cuando, de ser muy necesario, bajaba a hacer mandados.

Escuchaba a mis tíos decir que mataron a algunos amigos y que menos mal los niños no salíamos porque nos llevarían. No sé si lo decían por asustarnos, pero si fue así, lo lograron. Muchas veces se escuchaban cosas en la noche, gritos y música, como cuando uno está en una taberna o cantina; y luego, se apagaba la música. Cuando eso pasaba, mis papás reforzaban la puerta. Al día siguiente no faltaba el comentario sobre algún muerto.

Así pasó algún tiempo. Nosotras estudiábamos y empezamos a llevar una vida así. Esa gente a la cual no nos arimábamos por miedo, empezó a vivir cerca de nosotros, fueron nuestros vecinos y nos acostumbramos a ellos día y noche.

Un día, a fines de diciembre y comenzando enero, mamá y papá tuvieron que salir, en su salida deciden dejarnos en casa. Salieron en una cicla roja y es cuando abusan de un niño en el hogar infantil. Nosotros por otro lado, debíamos quedarnos arreglándonos para bajar a cenar en casa de la abuela. Después de un rato sonó algo parecido a una mecha de tejo o pólvora, pasados 2 metros máximo, vimos como en el andén de la casa se estaciona una moto. Quien la manejaba entra a la casa y golpea, mi hermana mayor abre y para sorpresa de nosotros era el señor a quien mi papá le arregló la moto. Nos pregunta por ellos y al responder nosotros que habían salido, entró a la casa, sacó un arma y la recorría por los pasillos, estaba desesperado, su rostro reflejaba ira, confusión, impotencia; buscó hasta debajo de las camas.

Cuando salió a buscarlos al patio, decidí salir al andén para ver si había algún vecino y es allí donde por primera vez en mi vida miré una escena monstruosa, si lo describo, puedo

13. Luz Dary Sotto Carvajal, joven investigadora, integrante del Semillero Inti Wayra de la Universidad de la Amazonia.

decir que miré la muerte.

Un hombre desfigurado y todo manchado de sangre, quejándose, casi llorando, pero ahogado, su sangre brotaba como agua, no sabía de donde, si de su cara o de su pecho.

En ese momento, el hombre que estaba dentro de la casa salió y pasó por mi lado, casi tumbándome. Se arrodilló al lado de quien estaba en el piso y se puso a llorar. Lo agarró como pudo y lo subió al vehículo todo colgado y desmadejado, casi sobre él. Se subió y empezó a manejar, recuerdo que iba manejando con el arma en la mano.

Volvimos a la casa y pasados 10 minutos aproximadamente, llegaron mis papás, cuando les contamos casi se mueren del susto, dijeron que no era nada, terminamos de alistarnos y salimos a cenar a casa de la abuela. Nos bajamos por la carretera, bajamos por “el atajo”, como le llamábamos al potrero hasta la casa de mi abuela y cenamos. Noté que mi madre lloraba cantando algo, pero pues como a los niños no se les permite conocer las conversaciones, no supe y hasta ahora no lo sé, sólo sé que después de un rato, estando en la pieza, mi mamá entró en la habitación y nos habló. Nos dijo que era un juego y que eran las escondidas, nos metió debajo de la cama junto con ella y nos dijo que guardáramos silencio. Nosotras sabíamos que realmente no era un juego, vimos pánico en los ojos de mamá y creo que eso fue lo que nos llevó a hacer silencio y obedecer. Pasados unos segundos escuché a mi abuela gritar y decir como cosas “primero me hago matar yo a que me le hagan algo a un hijo” o “no me la jodan que ella no ha hecho nada” y cosas similares. Luego de un rato entró mi tío, mi mamá gritó porque se asustó pensando que eran esos tipos. Salimos y en la sala estaba mi abuela llorando y mi papá a su lado con la cabeza abajo. De pronto, miró a mi mamá y le dijo “empaquemos”.

Esa noche casi no dormimos, mi mamá empacó la ropa en unas tulas blancas. Al amanecer, esperamos la lechera y nos subimos en ella. Solo con una tula, el resto se quedó en casa con mi papá. Mamá lloraba. Llegamos a un pueblo llamado Belén a casa de un amigo de mi mamá. Nos quedamos todas, en una

sola colchoneta en una habitación vacía.

En las demás habitaciones estaban algunos vecinos del pueblo que, según entiendo, habían llegado hace días. Mamá nos dio una manzana y no dijo que saldría. Duramos todo el día encerradas y ya casi anocheciendo llegó ella con un pollo y arepas.

Esa fue nuestra única comida ese día, dormimos allí y al otro día cuando desperté, mamá nos llevó a otra casa, la de al lado. Después de un rato, mi papá llegó en el carro de mi padrino con casi todas nuestras cosas que empezaron a acomodar dentro de esa casa, entendí que allí estaba mi nueva casa.

Pasaron unos días y fue llegando mi familia. Mamá consiguió trabajo vendiendo CDs y mi papá arreglando cosas. Así fue por un tiempo, no recuerdo cuánto, lo que sí sé es que después de un tiempo, mamá un día dijo que nos tendríamos que ir, que no estábamos seguros. Y así fue. Nos trasteamos para Florencia y nos fuimos a vivir al barrio El Raicero; donde después de un mes, el río tuvo una creciente y nos inundamos, perdimos muchas cosas, nos tocó irnos para otra casa, una pieza en la que cabía sólo una cama y allí dormimos todos por mucho tiempo hasta que mis papás consiguieron trabajo. Después de un tiempo pudimos trastearnos, y pasado más tiempo, aún logramos tener lo que teníamos y hasta mejores cosas.

Más cosas pasaron con los años, pero hasta hoy, nada como aquellos días. Ya después estando grandes le preguntamos a mi mamá el porqué de lo ocurrido. Ella nos cuenta que era presidenta de la Junta de Acción Comunal y que como los de la Junta se habían quejado con los superiores, ellos querían desquitarse porque estaban actuando arbitrariamente.

Cuenta mi madre que no nos dejaba salir porque había la amenaza: a quien saliera lo mataban. A los niños los secuestraban, hicieron atrocidades, el parque al que yo iba y me encantaba era el matadero del pueblo; y además, las formas de asesinar, como degollar o arrancar miembros eran poquito.

Con el tiempo he entendido mucho y eso me ha servido para querer superarme. Después de tanto estudio nunca he tenido un mal promedio y estuve entre las mejores estudiantes.

Siempre pensé que no podía permitir que mi familia pasase por eso otra vez.

Llegué a la universidad a estudiar Derecho, siempre pensando que el problema de mi país era su sistema, la falta de seguridad brindada a su población, la corrupción.

Estoy en el octavo semestre de Derecho, puedo decir que veo mi pasado y me siento orgullosa de que pude pasar por tantas cosas y hoy soy el ejemplo de lo que quise ser. Soy representante estudiantil y he peleado junto a mis compañeros por los derechos de mis futuros compañeros. Así mismo, soy parte del Movimiento Estudiantil donde ahora estamos en paro, marcando historia y logrando mucho para Colombia.

Y cosas como éstas son las que quiero fomentar, el perdón el no olvido, el surgir, el querer progresar y sobre todo el luchar porque en este país no se repita la historia.

Buscando caminos de esperanza

Hemos podido construir los relatos, en este tiempo, luego de que se ha firmado un acuerdo de paz entre el Gobierno y las FARC (2016). Pero no nos hemos quedado ahí, al conocer nuestras historias logramos retornar a los territorios de donde fuimos desplazados y desarraigados, para ver a la gente y los cambios, con la alegría de contribuir alguna manera en el retorno de nuestras familias a las tierras y a hacer del pueblo que mi abuelo don Pablo Torres y nuestros padres soñaron, un pueblo productivo, próspero, alegre, en donde se celebran los sampeditos, fiestas ganaderas y mercados campesinos; un pueblo de vida comunitaria, tranquilo, en donde los niños pudieran jugar libremente por el campo. En este transcurrir logramos hablar con más víctimas incluyendo nuestros familiares para saber cómo iba el proceso de reparación de las víctimas. Así fuimos al Espacio Territorial de Reincorporación y Capacitación (ETCR), donde están los excombatientes de las FARC para conocer cómo ellos están desarrollando un modelo cooperativo de producción que a lo

mejor pudiera implementarse en Puerto Torres y Portal La Mono. Esta acción hace parte de la potenciación del sujeto, como sujeto transformador de la realidad, que hace parte de la metodología de descriptamiento de la memoria.

Y luego de esta experiencia surgen las preguntas: ¿Qué ha sido de nosotros y nuestras gentes, nuestros pueblos, luego de ser reconocidos como sujetos de reparación colectiva?, ¿Cuáles han sido las acciones incluidas en el plan de reparación? ¿Han sido las víctimas reconocidas y reparadas, incluyendo nuestras propias familias? Son preguntas que estamos construyendo a medida que avanza nuestra investigación, como verán no son preguntas que inician con la investigación, sino que van emergiendo en la medida en que trabajamos el olvido y la memoria, “caminamos el proyecto de investigación”.

Queremos finalmente decirles a los jóvenes, que no importa la historia que tengan, lo que sí es importante es que logren rescatarla del lugar de la vergüenza, la estigmatización, el miedo, el dolor y logren transformarla en una memoria vivificante que recupere la dignidad desde la historia de nuestros ancestros, porque en últimas, eso es lo que mantiene vivo un territorio, su gente y su historia.

Queremos decirles también que hoy hacemos parte del movimiento estudiantil de la Unión Nacional de Estudiantes de Educación Superior (UNEES) y desde allí nos encontramos en pie de lucha en la defensa de la Universidad Pública y damos esta lucha teniendo en cuenta que la Universidad de la Amazonia es donde llegamos los jóvenes campesinos a continuar nuestros estudios superiores. Siendo ésta la única universidad de la región amazónica en donde tenemos la oportunidad de estudiar y porque la educación es lo que realmente nos va a sacar a los jóvenes del conflicto.

A través del proceso que llevamos adelante, hemos encontrado que la mayoría de los jóvenes tenemos el anhelo de educarnos y formarnos profesionalmente al servicio de nuestras comunidades, con la esperanza de que

no se repita esta historia inunca jamás! Esto solo lo lograremos si recordamos de dónde venimos y vislumbramos hasta dónde queremos llegar; porque el ver hacia el pasado nos permite tener la fuerza suficiente para no olvidar, y con esto, no condenarnos a repetir la historia, sino crear una nueva.

ENCUENTRO ETCR AGUA BONITA LA MONTAÑITA



Carlos, excombatiente de las FARC, jóvenes investigadores del Semillero Inti Wayra y estudiantes d la



Don Silvio Torres.



Profesora Dennis Dussán y don Silvio Torres. Hijo de don Pablo, fundador de puerto Torres. Líder Comunitario.

Andrea y Luz Jóvenes investigadoras del Semillero Inti Wayra, del Grupo Puerto Torres y Portal La Mono, construyendo caminos de esperanza. Junto con Luis Eduardo son las autoras de este informe de investigación.



Jóvenes investigadores del Semillero Inti Wayra y estudiantes d la Uniamazonia.



Carlos y estudiantes de la Uniamazonia.



Bibliografía

- D. Dussán. El Poder Del Miedo en la Reconfiguración de la Utopía. Tesis Doctoral. México, Colombia, 2017-2018
- LenkersdorfC. (2008) "Aprender a Escuchar. Enseñanzas Maya- Tojolabales". Ed. Plaza y Valdés, México.
- Martín-Baró, I. (1989) "Psicología Social de la liberación". Editorial Trotta.
- Quintar, E. La enseñanza como puente a la vida. Colección Conversaciones Didácticas. Instituto Politécnico Nacional.
- Reyes Mate, M. (2005) "A contraluz de las ideas políticamente correctas". BCN: Anthropos.
- Zemelman, H. (2002) "Necesidad de Conciencia, Un modo de construir conocimiento". Anthropos, Barcelona.
- Zuleta, E. (2016) "Desaprender la guerra, formarse para la paz". Conferencia Corpozuleta. En: <http://corpozuleta.org/>
- Textos Corporales de la Crueldad. Memoria Histórica y Antropología Forense. Centro Nacional de Memoria Histórica.